

HOLY MASS ON THE SOLEMNITY OF ALL SAINTS

HOMILY OF HIS HOLINESS POPE FRANCIS

Sunday, 1st November 2015

In the Gospel we listened to Jesus who was teaching his disciples and the crowd that had gathered on the mountain near the lake of Galilee (cf. Mt 5:1-12). The Word of the risen and living Lord also shows us, today, the way to reach the true beatitude, the way that leads to Heaven. It is difficult to understand the path because it goes against the current, but the Lord tells us that those who go on this path are happy, sooner or later they become happy.

“Blessed are the poor in spirit, for theirs is the kingdom of heaven”. We might ask ourselves how a person poor of heart can be happy, one whose only treasure is the Kingdom of Heaven. The reason is exactly this: that having the heart stripped and free of so many worldly things, this person is “awaited” in the Kingdom of Heaven.

“Blessed are those who mourn, for they shall be comforted”. How can those who weep be happy? Yet, those who in life have never felt sadness, angst, sorrow, will never know the power of comfort. Instead, happy are those with the capacity to be moved, the capacity to feel in their heart the sorrow that exists in their life and in the lives of others. They will be happy! Because the tender hand of God the Father will comfort them and will caress them.

“Blessed are the meek”. How often are we, on the contrary, impatient, irritable, always ready to complain! We have many demands regarding others, but when our turn comes, we react by raising our voice, as if we were masters of the world, when in reality we are all children of God. Let us think instead of those mothers and fathers who are so patient with their children who “drive them mad”. This is the way of the Lord: the way of meekness and of patience. Jesus traveled this path: as a child he endured persecution and exile; and then, as an adult, slander, snares, false accusations in court; and he endured it all with meekness. Out of love for us he endured even the cross.

“Blessed are those who hunger and thirst for righteousness, for they shall be satisfied”. Yes, those who have a strong sense of justice, and not only toward others, but first of all toward themselves, they will be satisfied, because they are ready to receive the greatest justice, that which only God can give.

Then, “blessed are the merciful, for they shall obtain mercy”. Happy are those who know how to forgive, who have mercy on others, who do not judge every thing and every one, but try to put themselves in the place of others. Forgiveness is the thing we all need, without exception. This is why at the beginning of the Mass we recognize ourselves for what we are, namely, sinners. It isn't an expression or a formality: it is an act of truth. “Lord, here I am, have mercy on me”. If we are able to give others the forgiveness we ask for ourselves, we are blessed. As we say in the “Our Father”: “Forgive us our trespasses as we forgive those who trespass against us”.

“Blessed are the peacemakers, for they shall be called sons of God”. Let us look at the faces of those who go around sowing discord: are they happy? Those who are always seeking occasions to mislead, to take advantage of others, are they happy? No, they cannot be happy. Instead, those who patiently try to sow peace each day, are who artisans of peace, of reconciliation, yes, they are blessed, because they are true children of our Heavenly Father, who sows always and only peace, to the point that he sent his Son into the world as the seed of peace for humanity.

Dear brothers and sisters, this is the way of holiness, and it is the very way of happiness. It is the way that Jesus travelled. Indeed, He himself is the Way: those who walk with Him and proceed through Him enter into life, into eternal life. Let us ask the Lord for the grace to be simple and humble people, the grace to be able to weep, the grace to be meek, the grace to work for justice and peace, and above all the grace to let ourselves be forgiven by God so as to become instruments of his mercy.

This is what the Saints did, those who have preceded us to our heavenly home. They accompany us on our earthly pilgrimage, they encourage us to go forward. May their intercession help us to walk on Jesus' path, and to obtain eternal happiness for our deceased brothers and sisters, for whom we offer this Mass.

Taken from: vatican.va

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCESCO
Domingo 1 de noviembre de 2015

En el Evangelio hemos escuchado a Jesús que enseña a sus discípulos y a la gente reunida en la colina cercana al lago de Galilea (cf. *Mt* 5, 1-12). La palabra del Señor resucitado y vivo nos indica también a nosotros, hoy, el camino para alcanzar la verdadera beatitud, el camino que conduce al Cielo. Es un camino difícil de comprender porque va contra corriente, pero el Señor nos dice que quien va por este camino es feliz, tarde o temprano alcanza la felicidad.

«Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Podemos preguntarnos, ¿cómo puede ser feliz una persona pobre de corazón, cuyo único tesoro es el reino de los cielos? La razón es precisamente ésta: que al tener el corazón despojado y libre de muchas cosas mundanas, esta persona es «esperada» en el reino de los cielos.

«Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados». ¿Cómo pueden ser felices los que lloran? Sin embargo, quién en la vida nunca ha experimentado la tristeza, la angustia, el dolor, no conocerá jamás la fuerza de la consolación. En cambio, pueden ser felices cuantos tienen la capacidad de conmoverse, la capacidad de sentir en el corazón el dolor que hay en sus vidas y en la vida de los demás. ¡Ellos serán felices! Porque la tierna mano de Dios Padre los consolará y los acariciará.

«Bienaventurados los mansos». Y nosotros al contrario, ¡cuántas veces somos impacientes, nerviosos, siempre listos para quejarnos! Reclamamos tanto de los demás, pero cuando nos tocan a nosotros, reaccionamos alzando la voz, como si fuéramos dueños del mundo, mientras que en realidad todos somos hijos de Dios. Más bien, pensemos en esas mamás y papás que son muy pacientes con los hijos, que «los hacen enloquecer». Este es el camino del Señor: el camino de la mansedumbre y la paciencia. Jesús ha recorrido este camino: desde pequeño ha soportado la persecución y el exilio; y después, siendo adulto, las calumnias, los engaños, las falsas acusaciones en los tribunales; y todo lo ha soportado con mansedumbre. Ha soportado por amor a nosotros incluso la cruz.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados». Sí, los que tienen un fuerte sentido de la justicia, y no sólo hacia los demás, sino antes que nada hacia ellos mismos, estos serán saciados, porque están listos para recibir la justicia más grande, la que sólo Dios puede dar.

Y luego, «bienaventurados los misericordiosos, porque encontrarán misericordia». Felices los que saben perdonar, que tienen misericordia por los demás y que no juzgan todo ni a todos, sino que buscan ponerse en el lugar de los otros. El perdón es la cosa que todos necesitamos, nadie está excluido. Por eso al inicio de la Misa nos reconocemos como lo que somos, es decir pecadores. Y no es una forma de decir, una formalidad: es un acto de verdad. «Señor, aquí estoy, ten piedad de mí». Y si sabemos dar a los demás el perdón que pedimos para nosotros, somos bienaventurados. Como decimos en el «Padre Nuestro»: «Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

«Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios». Miremos el rostro de los que van por ahí sembrando cizaña: ¿son felices? Los que buscan siempre la ocasión para enredar, para aprovecharse de los demás, ¿son felices? No, no pueden ser felices. En cambio, los que cada día, con paciencia, buscan sembrar la paz, son artesanos de paz, de reconciliación, estos sí que son bienaventurados, porque son verdaderos hijos de nuestro Padre del Cielo, que siembra siempre y sólo paz, a tal punto que ha enviado al mundo su Hijo como semilla de paz para la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, este es el camino de la santidad, y es el mismo camino de la felicidad. Es el camino que ha recorrido Jesús, es más, es Él mismo este camino: quien camina con Él y pasa a través de Él entra en la vida, en la vida eterna. Pidamos al Señor la gracia de ser personas sencillas y humildes, la gracia de saber llorar, la gracia de ser mansos, la gracia de trabajar por la justicia y la paz, y sobre todo la gracia de dejarnos perdonar por Dios para convertirnos en instrumentos de su misericordia.

Tomado de: vaticano.va